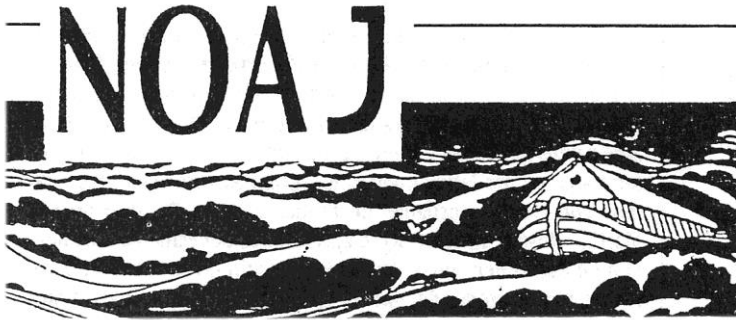




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Gelbtrunk, Aída. Poesía y judeidad. pp. 169-173

Poesía y judeidad

Aída
Gelbtrunk

No es mi intención hacer un inventario de ciertos componentes de nuestro ser judío, o investigar la relación causal entre lo judío y la poesía, porque presiento que las fronteras entre judeidad, religiosidad y estética no estarían (no pueden estar) claramente delimitadas, y entraría en un juego resbaladizo en el que todo lo estético resulta tener algo de judío.

Se trata, de hecho de dos aspectos de la creación: lo judío como intención del autor, y lo judío como tema implícito en un poema cuyo autor es judío. De este último aspecto, resulta que toda obra poética escrita por un judío contendría un cierto enfoque judío de la realidad poética, implícito o explícito.

La poesía es una forma de ver la realidad, y también la judeidad lo es. Yo padezco de ambas. Al mismo tiempo, la poesía es transformación de la realidad. Astuta o retóricamente, los poetas mudamos la percepción de la realidad. Sentimos varias cosas a un tiempo, les adjudicamos cualidades, damos a las imágenes atributos que no les son propios. Esta mutación requiere un lenguaje específico. Jean Cohen dice que "la poesía es un lenguaje que el poeta ha tenido que inventar para expresar lo que de otra manera no habría podido expresar. La poetización es un proceso de dos caras correlativas y simultáneas: desviación y reducción, desestructuración y reestructuración. Para que el poema funcione poéticamente es necesario que su significación se pierda y simultáneamente se vuelva a encontrar en la conciencia del lector". Octavio paz lo expresa en un poema:

*Entre lo que veo y lo que digo
entre lo que digo y callo*

Poeta uruguayo. Ha publicado Atentado a la verdad (1985); Causa de sí (1987); Consejas y otras yerbas (en preparación).

Las traducciones de poemas hebreos pertenecen a Arié Comey, red., Poesía hebrea moderna, La Semana, Jerusalem, 1987; y Ramón Díaz, red., Antología de la poesía hebrea moderna, Aguilar, Madrid, 1970.

Poesía y judeidad

*entre lo que callo y sueño
entre lo que sueño y olvido
la poesía.*

*Se desliza entre el sí y el no
dice lo que callo
calla lo que digo
sueña lo que olvido.*

*No es un decir, es un hacer
es un hacer que es un decir*

...

*Los ojos se cierran
las palabras se abren.*

Este lenguaje específico abre en el creador y en el lector un espacio de conocimiento y otro de reconocimiento. La poesía no sólo puede descubrir algo nuevo, sino recordar lo olvidado. Platón decía que al leer un poema que nos gusta tenemos la sensación de que habríamos podido escribirlo, que ese poema preexistía en nosotros.

¿Cómo entroncan, entonces, los conceptos de poesía y judeidad? Parafraseando a Octavio Paz, yo diría de una y otra que “no es un decir, es un hacer”, un hacer que es un sentir.

Como la poesía, la judeidad es una forma particular de ver el mundo, que se mueve de un yo particular a un yo colectivo. Se es poeta y se es judío por nacimiento, a pesar de uno; cuando se las asume, ambas condiciones se vuelven, al mismo tiempo, una elección y una pasión.

Si la obra poética, como lo dijera Umberto Eco, es “una máquina de generar interpretaciones”, descubrimos que el judaísmo también lo es. La ecuación resultante es que tenemos tantas formas de judeidad como judíos, y tantos poetas judíos como formas de poesía y de judeidad. Pero mientras que la poesía es un quehacer solitario, el judaísmo es un quehacer colectivo: el judaísmo se da en comunidad. La pregunta es, entonces, qué unifica a la poesía judía por encima de las diversas experiencias de sus creadores en torno a su ser judío, qué es lo que le da sentido colectivo a una vivencia personal.

Creo que por encima de la circunstancialidad, lo coyuntural, lo contextual y lo específico que condiciona en cada uno su judeidad, existe una esencia común manifiesta en obsesiones temáticas verificables en nuestra poesía.

Sin pretender agotar la lista de dichos temas, intentaremos señalar algunos de los más constantes:

* Jerusalem como centro espiritual: la ciudad aparece ya sea como imagen de santidad, ya sea como mujer amada, ya sea como objeto de nostalgia. En el siglo XII escribió Yehudá Haleví:

*La paloma viuda voló a la selva
y allí yacía inexorable.
Extenuada de cansancio revoloteaba
buscando al amado en su lejanía solitaria;
mil años había contado para su redención
y se avergonzó de su cuenta.
Por mucho más estaba condenada.
Angustiado su corazón hacia la muerte,*

*quiso olvidarse de su nombre,
pero la herida de amor la quemaba.
¿Cómo puedes quererla mal,
cuando hacia ti pliega sus alas orantes?*

...

¡Que vuelva a ella Dios, que le hable!

He ahí el verbo erotizado, estremecido por una nostalgia insaciable. Ocho siglos después, Yehuda Amijai la ve de otra manera:

*Mi ciudad, Jerusalem, es el escenario
donde aparezco de tiempo en tiempo
con expresión trágica.
Ella recuerda cosas parecidas
de Jeremías con sus entrañas,
gaita enloquecida,
mina sentimental de lágrimas y quejidos.*

Para Israel Efrat, Jerusalem posibilita al hombre una elevación cósmica:

*Jerusalem se levanta en la noche
como si alguno sobre su cabeza la montara
y con ella caminase profundo entre estrellas...*

* La relación con Dios; aceptación, búsqueda, conflicto.

*Entonces la lluvia a la hierba y el trueno a la oveja
hablaban, y escuchaban a Caín y a Abel.*

*¿Qué baremos, qué baremos, pues, nosotros,
los que dirigimos palabras a la nada?
Perdóname tú a quien apellidan el Nombre,
perdona mis palabras y mi alma confusa.
No es mía la culpa, no es mía la culpa.
Ayúdame a mugir hacia tus criaturas como tú.*

Estos versos de Abraham Shlonsky expresan la confusión ante un Dios incierto. "Desconocido" lo llama Abraham Jalfi, y su protesta, sin embargo, suena a súplica:

*Eres ciego y tu boca muda.
Tu casa no está acá ni tampoco allá
ni en cualquier otro lugar*

...

*¿Cuándo repartirás tu celeste entre todos los pobres del
mundo?
A cada uno un trozo que cubra su encorvado cuerpo.
¿Cuándo barás brillar las estrellas de la alegría?
¡Y que con sus ojos vean que no existes,
que no existes!*

Zelda busca discernir su identidad entre la que le dio el Dios del Génesis, el que pone nombre a las cosas, o la que le confirieron la naturaleza o sus propias obras:

*Cada persona tiene un nombre
que le puso Dios
y que le dieron su padre y su madre.*

*Cada persona tiene un nombre
resultado de sus rasgos y su sonrisa
y que le dio su figura...*

* El Holocausto. Escribe Avner Trainin en "Vuelta a Auschwitz":

*Sólo recuerdo
zis-zas de ruedas,
raíles relucientes,
relucientes,
relucientes.
Sólo sabía
no moriré
basta volver a verlos
quietos, oxidados,
brotando hierba,
hierba.*

Y en "La ropa del hombre concentrado":

*No le envidian sus hermanos
la ropa a rayas
porque a ellos se las visten
del tren cuando bajan.
Él no sueña, no interpreta sueños,
no levanta su mirar de los baces;
y nadie mata un cabrito para teñir la ropa de sangre.*

* Este último poema, con su alusión bíblica, nos lleva al otro componente frecuente en la poesía judía: la influencia de las grandes obras del pensamiento judío, la Cábala, el Talmud, y por sobre todo, el **Tanaj**. La marcada y significativa presencia del Libro de los Libros puede entenderse como un manejo de la intertextualidad, en los tres grados señalados por Julia Kristeva. Un primer grado consistiría en la influencia de ideas bíblicas sobre los creadores; un segundo grado, en las citas de materiales bíblicos; un tercero, la reescritura de textos bíblicos. Este último caso es muy interesante. Amir Guilboa, por ejemplo, escribió un poema llamado "Moisés":

*Me acerqué a Moisés y le dije:
"Ordena las tropas de tal y tal manera"
Él miró para mí
y ordenó como yo dije.*

Algo semejante ocurre en sus poemas "Isaac" y "El rostro de Josué", en "La plaga de los primogénitos" de Natán Alterman, y en "Jonás" de Isaac Lamdan. La poeta Raquel escribió un poema en el que se identifica con la Raquel de la Biblia:

*Su sangre fluye por la mía,
su voz en mí canta.
Raquel, pastora de los rebaños de Labán
...
Por eso tomo mi canto
con tanta seguridad,*

*porque mis pies guardan recuerdos
ide entonces, de entonces!*

La validez de estos ejemplos, que podríamos seguir acumulando, radica en que demuestran que un componente étnico nos conecta aunque estemos dispersos. Conservamos el tronco común a pesar de las diásporas: "en mi interna biografía / vago por los mismos caminos / de los ríos de polvo de mis ancestros".

*He venido hasta ti, dios olvidado por el tiempo,
dios de siglos y otras épocas
...Me presenté ante ti: ¿Me reconoces?
Soy el judío y tenemos un litigio de siglos.*

Saúl Chernijovsky, "A la estatua de Apolo"

Siendo la poesía un fenómeno de contenido predominantemente emotivo, y siendo lo judío una pasión, lo judío integrará siempre el poema, como presencia o como ausencia, como aceptación o conflicto. A decir de Arnoldo Liberman, "vivimos siempre en el presente y seguimos siendo un pueblo que se evoca a sí mismo. Los personajes de nuestra estadía en la tierra no son arquetipos mitológicos, sino voces vivas, no son sólo hijas de la memoria, sino encrucijadas tórcamente contemporáneas que siguen despertando en nosotros asombro, interrogaciones, angustia, palabra. Esa palabra que intenta nombrar lo que no puede. La palabra que hoy vive nombra a su vez la destrucción del Templo, la palabra que hoy vibra nombra a su vez la dispersión del pueblo judío, la palabra que hoy tiembla nombra a su vez la frenética

búsqueda de una identidad que el surgimiento de Israel hace nacional y dinámica". Leonardo Senkman escribe: "A pesar precisamente de las complicaciones del escritor judío, el texto, como testimonio autónomo, nos devuelve las sombras y los ecos de la identidad judía, tal como ellas se manifiestan en su escritura".

Recuerdo un relato que está en Éxodo y en Números. En el exilio del desierto, o en el desierto del exilio, el pueblo pide agua; Dios ordena a Moisés que la saque de determinada piedra; Moisés, impaciente ante la demanda, golpea la piedra en vez de hablarle.

El poeta, que vive en el desierto en busca de palabras, golpea también en la dura roca tratando, impaciente, de que mane la inspiración. Golpea para que mane el líquido vital de su creación. Nuestro pasado no es sólo expresión y testimonio, sino muchas veces la piedra que golpeamos para obtener ese líquido vital.

*Del Gran Libro yo tomo mi equipaje,
del boy que ya es pasado sus destellos,
en primavera de ambos soy cautivo;
piedras, ecos y sombras son su encaje,
late y muere la magia vaga en ellos.
Hiero y tejo el coraje de estar vivo.*

